



BREVE HISTORIA DE LA INFORMATICA EN LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Ing. Patricio Guerrero V.

El presente artículo es reproducción del publicado en mayo de 2007 con ocasión de los 15 años de la Escuela de Informática

Se me ha concedido la oportunidad de escribir sobre la historia de la Informática en la Universidad de Cuenca. Por ello, he querido hablarles sobre todos los esfuerzos y sinsabores que tuvieron que pasar muchos hombres universitarios para llegar a conseguir lo que hoy tenemos: una Escuela de Informática en pleno funcionamiento, con un bien ganado prestigio en la ciudad y el país y un uso solvente y desarrollado de las tecnologías informáticas en nuestro medio. Y no es que la Escuela, al cabo de quince años de existencia, se encuentre ya totalmente libre de problemas sino que, por compleja que fuere, la situación actual no puede compararse con el camino plagado de dificultades que se tuvo que recorrer y que, de no ser por la determinación ineludible de algunos pioneros, hubiera conducido al fracaso. Siempre he pensado que aquellos hechos que ocurrieron y que forman parte del inicio de la Informática en Cuenca y en nuestra Universidad, deberían ser conocidos por todos, pues resumen la visión, esfuerzo y sacrificio de muchos hombres universitarios y constituyen los primeros pasos (que son los más difíciles) en una actividad que hoy se desarrolla de manera vigorosa en nuestro plantel y nuestra ciudad. El destino me ha permitido presenciar esta evolución desde un lugar privilegiado y ser también protagonista, en cierta medida, de algunos de estos sucesos; por

eso, he querido dejar un testimonio escrito de todos esos recuerdos y, al mismo tiempo, rendir un afectuoso homenaje a todos quienes participaron en los hechos que voy a relatar. Me he arriesgado a escribir estas líneas, aunque no he podido contar con el tiempo suficiente para hacer una investigación más minuciosa y poder corroborar con documentos los hechos que voy a relatar; por ello, confiando sólo en mi memoria y a riesgo de caer en alguna imprecisión, quiero compartir con Ustedes esta secuencia de hechos sencillos, pero de gran trascendencia, matizados con una gran dosis de esfuerzo y renunciamento. En todos los protagonistas encontraremos, como un denominador común, el idealismo, la visión, el afán de aprender y experimentar cosas nuevas y una enorme decisión para salir adelante de los desafíos autoimpuestos.

Por naturaleza, el ser humano es opuesto al cambio. Muchas personas consideran que no hay mayor comodidad que dejar las cosas como están, y mantenerse en lo rutinario y lo usual. Por ello, desde épocas muy antiguas, se ha reconocido, que no hay tarea más difícil que promover un cambio. Nicolás Maquiavelo, uno de los más sagaces personajes de la historia, nos dice en su obra "El Príncipe": "No hay nada más difícil de llevar adelante, ni más peligroso de manejar, que iniciar un nuevo orden de



cosas. El innovador – dice Maquiavelo - tiene enemigos en todos aquellos que se benefician de la situación actual (o se sienten cómodos en ella) y solamente tibios defensores en aquellos que creen poder beneficiarse de un nuevo orden de cosas....”. De modo que, en la mayoría de los casos, el innovador tiene que luchar sólo. La historia que voy a contar es una historia de cambios que fueron conseguidos a través del trabajo de muchos hombres que no dudaron en renunciar a su comodidad, planteando ideas innovadoras, investigando en áreas desconocidas y enfrentándose a tareas nuevas; venciendo, además, la resistencia y el escepticismo de muchos de los que les rodearon; contando para ello tan sólo con su inteligencia, su voluntad, su trabajo y su inmenso idealismo. Los obstáculos a superar fueron el escepticismo, la excesiva prudencia, la rigidez de las normas reglamentarias y, por supuesto, las limitaciones económicas.

Hoy estamos celebrando los quince años de vida de la Escuela de Informática pero, en realidad, la historia comienza bastantes años antes. Veamos los hechos.....

En el año 1973, no había computadores en Cuenca. Fue por esa época que nació la idea de adquirir una de estas máquinas para la Universidad de Cuenca, con el fin de dar apoyo a las actividades administrativas del plantel y, desde luego, como un instrumento para modernizar la docencia en las áreas técnicas. Los Ingenieros Hernán Vintimilla y Patricio Cordero fueron de los primeros en promover estas ideas. Sin embargo, una máquina de este tipo era bastante cara y los recursos económicos nunca han sobrado en la Universidad de Cuenca. ¿Cómo adquirir, entonces, el computador sin que represente una carga económica excesiva para el plantel? La respuesta fue muy simple: dando servicios

de cómputo a empresas de la localidad y cobrando por estos servicios. Fue así, bajo estas premisas, que el Consejo Universitario de esa época dio su autorización para la compra. En Noviembre de 1973 llegó el primer computador a la Universidad de Cuenca y a nuestra ciudad. Se trataba de un IBM S/3, con 16 Kb en RAM (sí, leyeron bien... 16 Kb, es decir 16384 posiciones de memoria. Eso era todo lo que tenía esta máquina en memoria RAM. Hoy en día, cualquier máquina que se vende no tiene menos de 256 MB, es decir, alrededor de 256'000.000 de bytes), dos discos duros, uno fijo y uno removible, con 1 Mb. de capacidad cada uno. (Parece que, con esas dimensiones no se podría hacer nada ¿no es cierto?) Se adquirieron también dos compiladores, uno de RPG, y otro de Fortran; el primero, para el desarrollo de aplicaciones administrativas y, el segundo, para aplicaciones técnicas y apoyo a la docencia. Este computador funcionaba con tarjetas perforadas por lo que se compraron, además, tres máquinas perforadoras-verificadoras. El volumen físico de la máquina era gigantesco, si se lo compara con las actuales, pues ocupaba un volumen de unos 9 mts. cúbicos, aproximadamente; es decir, se requería una sala de regulares dimensiones para alojarla.

Pero ¿cómo cumplir con el compromiso de dar servicios a Empresas de la localidad? Tómese en cuenta que en esos momentos no habían analistas, ni ingenieros de sistemas, ni programadores ni nada que se les parezca en esta ciudad y, posiblemente, habían muy pocos en el país. De modo que Hernán Vintimilla y Patricio Cordero emprendieron juntos la peligrosa aventura de desarrollar los sistemas informáticos necesarios para la Universidad de Cuenca, para ETAPA y para la Empresa Eléctrica. Desde antes de la llegada del computador a Cuenca, ellos empezaron a estudiar

el lenguaje RPG, y tuvieron que viajar a la ciudad de Guayaquil en donde, durante la noche (que era el único horario en el que se les permitía utilizar un computador que les prestaban) tenían que probar los programas. El inhumano horario de trabajo era de 8:00 p.m. a 6:00 a.m. pero, muchas veces, las horas de toda una noche no fueron suficientes para obtener el resultado anhelado. Así, bajo estas condiciones tuvieron que trabajar para iniciarse en los misterios de la programación. Cuando llegó el computador a Cuenca, ya era un verdadero lujo disponer de una máquina propia, poder trabajar en un horario normal, en esta misma ciudad y poder dormir a las horas que Dios manda (aproximadamente). No obstante, como sabemos ahora, el desarrollo de sistemas es mucho más que programar un computador, por lo que todavía tuvieron que aprender mucho, de manera autodidacta, y luchar por un largo tiempo (creo que fueron al menos unos dos años más), hasta que los sistemas de información se completaron y se optimizaron. Durante un buen tiempo, todavía tuvieron que trabajar horas extras y robar tiempo al sueño y a la vida familiar hasta que, al fin, un día el objetivo se consiguió. Por varios años, la emisión de facturas de Etapa y de la Empresa Eléctrica se hizo en el computador S/3 de la Universidad de Cuenca. Adicionalmente, se elaboraron los sistemas para el cálculo de roles de pago y para llevar la Contabilidad del plantel. De todos estos trabajos, fueron autores Hernán Vintimilla y Patricio Cordero, los primeros en desarrollar sistemas de información en nuestro medio.

Todos quienes, alguna vez, hemos trabajado en la creación de aplicaciones informáticas, podemos valorar el enorme sacrificio de estos dos precursores autodidactas que asumieron sobre sus espaldas el reto de crear estos sistemas de información, prác-

ticamente sin ninguna ayuda; extrayendo por sí mismos el conocimiento desde los áridos manuales, con sólo su inteligencia y su enorme entrega y sin más recompensa que la satisfacción de superar uno a uno los obstáculos que iban apareciendo. Se propusieron conseguir un computador para la Universidad de Cuenca, sin que éste constituya una carga económica para el plantel, y lo consiguieron. Trabajaron incansablemente para demostrar que el escepticismo de algunas autoridades no tenía razón de ser. Creo que es justo ahora, después de más de 30 años de estos sucesos, reconocer y saludar la labor que cumplieron Hernán Vintimilla y Patricio Cordero, magníficos profesores y hombres universitarios por excelencia, que han dejado gran parte de su vida en las aulas universitarias, por lo cual han merecido el reconocimiento y el respeto de todos quienes los conocemos pero que, además de todo aquello, cuentan con un mérito más en su trayectoria: el de haber sido los pioneros en el desarrollo de la Informática en nuestra ciudad (y nuestra región) y de haber dedicado muchos años de esfuerzo y sacrificio a esta tarea.

Pero Ustedes, amables lectores, se estarán preguntando ¿cómo es que el autor de estas palabras sabe estas cosas? ¿donde estaba yo en el año 1973? ...Por esas épocas yo cursaba el último año de Ingeniería Civil (¿es que acaso no sabían que yo soy Ingeniero Civil?) y me encontraba buscando un tema para mi trabajo de graduación. Se me ocurrió pedirle consejo a Hernán Vintimilla y ¿qué creen que me sugirió? Me dijo que estaba por llegar a la Universidad de Cuenca un computador y que debía aprovechar este recurso para aplicar todo su potencial en la solución del problema que me interesaba (que era el cálculo estructural). Así que me puse a conseguir bibliografía sobre el lenguaje Fortran, Métodos Numéricos y Cálculo de Estructuras y tuve que apren-

der a programar en los libros, sin la ayuda de ningún profesor y sin contar todavía con el tan ansiado computador. Cuando por fin se dió la llegada de la portentosa máquina, pude probar el resultado de mis incipientes esfuerzos de programación y me esperaban varios meses de lucha para poder, más o menos, convencerle al computador para que obedeciera mis instrucciones. Mi tesis se tituló “Cálculo Matricial de Estructuras con Aplicación al Computador IBM S/3” y fue la primera que se desarrolló en Cuenca, con la ayuda de un computador. Mientras desarrollaba y probaba los programas que formaban parte de mi tesis, me tocó compartir largas horas de trabajo en la flamante máquina y presenciar el esfuerzo de Hernán Vintimilla y Patricio Cordero en la creación de sus sistemas. Para mi tesis utilicé el compilador de lenguaje Fortran, que nadie en esta ciudad había usado (ni siquiera Hernán o Patricio) por lo que, muchas veces me encontré desolado, con un programa que se “caía” o generaba resultados extraños y sin nadie que me pudiera guiar. Hoy, más de 30 años después, espero que nadie en todo este tiempo haya sometido mi tesis a un análisis muy severo pues, como pude aprender años después, adolece de muchas deficiencias. Me daría mucha vergüenza que todas estas fallas salgan a flote ahora. Por fortuna, tales deficiencias no fueron detectadas en su momento, lo que explica que tenga en mi casa mi título de Ingeniero Civil. De todas maneras, en aquel momento fui arrastrado por el entusiasmo y la energía de Hernán y por el apasionante mundo de la Informática que recién nacía en nuestra ciudad. Si algún mérito tuvo mi tesis, fue el de haber constituido el primer intento, en nuestro medio, de usar el computador para la solución de un problema de Ingeniería. Las circunstancias que se dieron en torno a mi trabajo de graduación fueron decisivas en mi vida y fueron el inicio de mi relación definitiva

con la Informática aunque, en su momento, fue una decisión arriesgada y que demandó de mí un enorme esfuerzo. Pude haber escogido un tema más conocido y más seguro para graduarme, pero elegí la ruta más difícil y no me arrepiento de ello. Hernán Vintimilla fue el “culpable” y valga la oportunidad para darle mi agradecimiento personal a este eximio maestro y hombre universitario que, como lo ha hecho con tantas generaciones que han pasado por las aulas de la Facultad de Ingeniería, supo brindarme sus enseñanzas y consejos y conducirme hacia este mundo apasionante de la Informática que ha pasado a formar parte de mi vida.

El computador IBM S/3 funcionó por algunos años y sirvió para que varias generaciones de estudiantes de la Facultad de Ingeniería aprendieran a programar en el lenguaje Fortran, pues la enseñanza de este lenguaje se incorporó a los programas de estudio de la carrera de Ingeniería Civil (que era la única carrera que se dictaba en la Facultad de Ingeniería en esa época). La parte docente estuvo a cargo de Salvador Monsalve quien, en 1974 viajó a Argentina para estudiar Métodos Numéricos y Computación. (Y fue precisamente esta ausencia de Salvador, la que permitió que yo ingresara como profesor accidental de la Facultad, en su reemplazo, dictando clases de Análisis Matemático). Posteriormente, también yo tuve la oportunidad de enseñar Programación en la Facultad. Estas primeras experiencias docentes se cumplieron con la intención de complementar las carreras de Ingeniería Civil o Eléctrica; es decir, enseñar a usar el computador como un auxiliar para efectuar los cálculos matemáticos propios de la Ingeniería, mas no se pensaba en emprender la enseñanza de la Informática como tal. Para ello, todavía tendrían que pasar varios años. Hay que considerar que estos primeros pasos

del desarrollo de la Informática en nuestro plantel estuvieron a cargo de Ingenieros Civiles, pues no existían en nuestro medio Ingenieros de Sistemas ni nada semejante.

Por el año 1977, el Ing. David Balarezo viajó a México y permaneció en ese país hasta 1980, estudiando en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El título que obtuvo fue el de Maestro en Ciencias de la Computación. Los estudios realizados por el Ing. Balarezo se hicieron sin el auspicio de la Universidad de Cuenca; sin embargo, a su regreso al país pudimos conseguir, afortunadamente, su incorporación como profesor a la Facultad de Ingeniería, en la cual pasó a ejercer la cátedra, siempre en apoyo de las carreras de Ingeniería Civil e Ingeniería Eléctrica, que eran las que existían en esa época y enseñando a usar el computador como instrumento de ayuda a estas profesiones. Pero él, con la formación recibida en su Maestría, fue el primero en concebir y ejecutar proyectos académicos con el objetivo de enseñar la Informática, como profesión. Con las ideas de David Balarezo, se diseñaron 2 cursos para la formación de Programadores. El primero, entre los años 1981 y 1983 y, el segundo, entre 1984 y 1986. Para esa época el emblemático IBM S/3 ya había sido reemplazado por una nueva máquina: un computador IBM S/34. Desgraciadamente, la demanda de servicios de cómputo ya había crecido mucho y el sistema 34 resultaba insuficiente para atenderla, por lo que algunas materias de los cursos de Programación se dictaron de manera muy precaria debido a la falta de recursos logísticos. Pero, al fin o al cabo, se logró graduar a un buen número de profesionales a nivel intermedio, con el título de Programadores. En estos proyectos académicos, el mayor peso recayó sobre los hombros de David Balarezo quien dictó casi todas las materias y asumió la Direc-

ción Académica de tales cursos. Hay que recalcar que estos proyectos académicos fueron autorizados por el Consejo Universitario, a condición de no generar gastos adicionales al plantel; por ello, no se podían contratar profesores destinados a este proyecto, ni se disponía de equipos o bibliografía para el efecto. (Una vez más se hacían presentes las limitaciones económicas en nuestro plantel). Los cursos no tenían el auspicio académico formal de la Facultad de Ingeniería, aunque los profesores y las aulas pertenecían a esta Facultad. Se carecía de presupuesto y recursos administrativos propios, lo cual hacía que muchas labores se tornaran casi imposibles. Todos estos obstáculos fueron superados con la convicción y la voluntad de David Balarezo, quien dedicó innumerables horas de trabajo al cumplimiento de la meta que se había trazado: enseñar Informática en la Universidad de Cuenca. Fue este hombre el verdadero iniciador de la enseñanza de la Informática en nuestro plantel, mucho antes de que se pensara en la creación de una Escuela como la que hoy conocemos. Hoy, después de transcurridos más de 25 años, es justo que reconozcamos su visión y esfuerzo.

Aquí, nuevamente, se vuelve a entrelazar mi vida personal con la historia de la Informática en Cuenca: y David Balarezo cumplió en ello un rol decisivo. Mientras él realizaba sus estudios en la UNAM, me ayudó a hacer contacto con esa Universidad y refrescar mi antiguo interés por la Informática. Producto de ello, estudié en esa universidad entre 1980 y 1983 en donde obtuve también, al igual que David, la Maestría en Ciencias de la Computación.

Salvador Monsalve, por su parte, realizó nuevos estudios en Israel, en la rama de la Informática y sus aplicaciones a la Ingeniería.



Por los años 1984 y 85, Salvador Monsalve, David Balarezo, y yo seguíamos ejerciendo la docencia en la Facultad, apoyando las carreras de Ingeniería Civil e Ingeniería Eléctrica y colaborando también en los cursos para “Programadores”. Sin embargo, pronto comprendimos la necesidad de emprender la enseñanza de la Informática a un nivel más profundo. Por aquella época, se había creado en la Universidad de Cuenca un ente denominado “Instituto de Computación e Informática” que fue un intento de darle sustento legal y administrativo a todo lo relacionado con la Informática, incluida la docencia, en la Universidad de Cuenca. (La idea nació de David Balarezo, tratando de trasplantar en Cuenca los institutos de investigación y docencia que funcionan en la UNAM. Sin embargo, las normas reglamentarias de nuestro plantel no se adaptaban a las funciones docentes que se suponía que este organismo debía cumplir). Por el año 1986, fui nombrado Director de este Instituto y, como primera tarea, nos pusimos a diseñar un proyecto académico más ambicioso, destinado a formar “Analistas de Sistemas”. Con enorme entusiasmo, emprendimos la elaboración de nuestro proyecto. Los protagonistas principales fuimos Salvador Monsalve y Patricio Guerrero. (David Balarezo, debido a compromisos particulares de trabajo, ya no podía seguir brindando su aporte en la misma magnitud que lo había venido haciendo hasta entonces). Por fin, en 1987, el Consejo Universitario dio su aprobación para que el proyecto académico de “Análisis y Diseño de Sistemas” arranque en Octubre de ese año. La duración del proyecto se fijó en 3 años. Ese fue el verdadero nacimiento de la Informática como profesión en nuestra ciudad.

Como consecuencia de las rígidas normas reglamentarias, de las dudas de las autoridades universitarias y las siempre presentes dificultades económicas, las condicio-

nes bajo las cuales se autorizó la ejecución de este proyecto fueron bastante restrictivas: en primer lugar, la responsabilidad académica no estaba a cargo de ninguna Facultad sino del Instituto de Computación e Informática; por otra parte, el número de alumnos debía estar restringido, lo que impuso, de hecho, la necesidad de organizar un examen de admisión. Además no se autorizaba el dictado de más de un ciclo de la carrera al mismo tiempo y, por último, la autorización del Consejo Universitario permitía la ejecución del proyecto por una sola vez. (Aunque no se negaba de manera expresa la posibilidad de una segunda edición del proyecto, para ello se tendría que tramitar una nueva autorización, una vez que haya concluido la primera.).

Todas estas medidas se aplicaron con el fin de reducir al máximo la demanda de recursos humanos, económicos y logísticos del nuevo proyecto. En la práctica, las reglas establecidas se convirtieron en una enorme carga psicológica y de trabajo para profesores y alumnos que decidimos enfrentar el reto. En lo que se refiere a los estudiantes, quien llegaba a perder un ciclo, quedaba automáticamente fuera de la carrera pues, por la modalidad bajo la cual se dictaba el curso, el ciclo perdido no se podía volver a dictar. Por otra parte, el hecho de que no se contaba con el apoyo logístico, administrativo y financiero de una Facultad, hacía imposible la contratación de profesores, la adquisición de equipos, etc. De modo que los cursos de Análisis y Diseño de Sistemas se tenían que organizar con las horas adicionales de profesores que ya laboraban en la Universidad, en las aulas que bondadosamente nos prestaba la Facultad de Ingeniería y usando los equipos del Centro de Cómputo de esta Facultad. Tampoco contábamos con la colaboración de la Secretaría de la Facultad para matrículas o registro de notas.

El hecho fue que, entre Salvador Monsalve y yo, tuvimos que dictar, cada uno de nosotros, al menos una materia distinta en cada ciclo, desde el 1º. hasta el 6º. El esfuerzo fue realmente agotador. Con nosotros, colaboraron otros profesores tales como David Balarezo, Ricardo Serrano, Omar Cueva, Carlos Cordero Díaz, Carlos Heredia, así como el Dr. Carlos Ramírez y la Lcda. Catalina Astudillo en la materia de Inglés. Y pido perdón a todos aquellos que deberían estar en esta lista y que mi memoria no los recuerda en este momento.

Sólo el indeclinable tesón de quienes estuvimos involucrados en esta tarea nos permitió salir adelante. En especial, vale la pena destacar la extraordinaria dedicación y talento de aquel primer grupo de estudiantes, que llegaron a ser los primeros profesionales de la Informática en nuestro medio. Aún hoy, muchos de ellos ejercen con brillantez su profesión de Analistas de Sistemas. De 120 admitidos en Octubre de 1987, egresaron alrededor de 60. Con la mayoría de ellos nos une, hasta ahora, el afecto y el respeto ganado en incontables horas de trabajo y sacrificio.

En 1990, una vez que la primera generación de estudiantes había egresado, obtuvimos la autorización para ejecutar, por segunda vez, el proyecto para "Análisis y Diseño de Sistemas". Y empezamos, una vez más a cumplir la durísima tarea que ya les he contado, bajo las mismas condiciones de la primera vez. Sin embargo, nuestras fuerzas empezaron a flaquear (me refiero a Salvador Monsalve y al autor de estas líneas) y llegamos concluir que, si la enseñanza de la Informática iba a tener un futuro en la Universidad de Cuenca, era imprescindible que el proyecto fuera acogido por una Facultad y, desde luego, pensamos en la Facultad de Ingeniería. Al mismo tiempo, se consideró necesario elevar

el nivel del título a otorgarse, que debería ser el de Ingeniero de Sistemas, en lugar del anterior, de Analista y se empezó a trabajar en el proyecto.

Todavía hubieron dificultades. El Consejo Directivo de la Facultad de Ingeniería, en el año 1990, rechazó el pedido de constituir la Escuela de Informática y acoger los proyectos que habían estado a cargo del Instituto de Computación e Informática; pues una de las autoridades de esa época consideró que era necesario presentar estudios adicionales sobre el interés que podían tener los bachilleres en estudiar tal carrera, y sobre las posibilidades de trabajo que tendrían los eventuales egresados. (No fue suficiente prueba del interés de nuestros bachilleres que a cada examen de ingreso se presentaran alrededor de 400 aspirantes, ni fue suficiente prueba de las posibilidades de trabajo en esta rama que todos los egresados de los proyectos realizados hasta la fecha se encontraran trabajando, aún desde antes de haberse graduado). Esta exigencia retrasó por casi dos años la constitución de la Escuela de Informática. Finalmente, en el año 1992, la Escuela se hizo realidad y se cambiaron los programas de estudio para dejar de formar Analistas y pasar a entregar títulos de Ingenieros de Sistemas. Se diseñó también un proyecto especial para que, aquellos que completaron sus estudios de Análisis y Diseño de Sistemas, pudieran seguir un programa complementario que les permita obtener el título de Ingenieros. Muchos estudiantes aprovecharon esta oportunidad que, por desgracia, se ofreció una sola vez. Varios otros, que no pudieron hacerlo, siguieron después estudios en otras Universidades de la ciudad y, probablemente, consiguieron un título en aquellos otros planteles que les dieron esa oportunidad. ¿Ironías de la vida o error de la Universidad de Cuenca? El hecho es que profesionales de extraordi-

naria valía, formados en la Universidad de Cuenca, poseen un título de Ingenieros de Sistemas, conferido por otro plantel, para acreditar su capacidad y sus conocimientos.

Lo demás ya es historia reciente y posiblemente es conocida por ustedes.....

El Ing. Salvador Monsalve fue nombrado como primer Director de la Escuela de Informática, cargo que ejerció entre los años 1992 y 1996. Con el apoyo de toda la infraestructura de la Facultad de Ingeniería, las condiciones de trabajo pasaron a ser muchísimo mejores pero, de todas maneras, se tuvo que seguir luchando contra las limitaciones de siempre y la rigidez de las normas reglamentarias que no se adaptaban a la realidad y las necesidades de una escuela nueva. No obstante, desde esa posición, Salvador Monsalve desarrolló un trabajo gigantesco y abnegado que terminó por darle madurez a la Escuela y un nivel académico excepcional, reconocido en todo el país. De manera infatigable, se dedicó al estudio y a la investigación y promovió innumerables cambios y mejoras en los planes de estudio. Con la lucidez propia de los visionarios continuó, de manera autodidacta, su formación continua en las áreas más nuevas de la Informática, transfiriendo a sus alumnos lo aprendido, a través de la cátedra y auspiciando y dirigiendo numerosos trabajos de graduación, de extraordinaria calidad técnica. Cuando concluyó su período de Director de la Escuela, como miembro del Consejo Académico, siguió aportando con toda la brillantez de su talento y experiencia, a la toma de decisiones trascendentales. Desgraciadamente, en los actuales momentos, el trabajo de más de 30 años de este hombre brillante, de extraordinaria calidad humana e intelectual, se ha interrumpido. Víctima de rencores e incomprensiones originados

en la Universidad y en la misma Escuela por la que tanto trabajó, prefirió acogerse a la jubilación, privándonos de su invaluable aporte. Y aunque suenen disonantes en el contexto de este artículo, quiero expresar mis palabras de inconformidad por los ataques que sufrió, de la manera más injusta. Ahora, Salvador Monsalve (“Shalva”, como cariñosamente le llamamos sus amigos) ya no está en su escuela, que tanto le debe a él. Él se fue cuando todavía tenía mucho más que aportar. No se fue agotado ni vencido por la edad ni el cansancio; se fue resentido por la incomprensión de quienes no supieron valorar sus cualidades intelectuales y humanas. ¿Qué Shalva Monsalve tuvo muchos defectos? ¿Y quién no los tiene? Para quienes tuvimos la suerte de trabajar a su lado, el balance es ampliamente positivo. Quiero dejar aquí explícitamente sentado mi homenaje a este hombre de dimensión extraordinaria que fue el padre de la Escuela de Informática en nuestra Facultad.

Y si seguimos hablando de la historia reciente, es de justicia reconocer los méritos del Ing. Otto Parra, quien ha sido un pilar fundamental en el desarrollo y la madurez de la Escuela de Informática. Estudioso incansable, hombre universitario por excelencia, que ha dedicado su tiempo a la Universidad más allá de horarios y de calendarios; profesor riguroso que ha transmitido sus enseñanzas a varias generaciones de alumnos y que ha contribuido de forma decisiva a configurar un alto nivel académico en la escuela; éstos y otros más son los méritos de Otto Parra quien, aunque pertenece a la nueva generación de profesores, ha dejado ya una huella indeleble en la historia de la Escuela. Hoy en día, él ejerce las funciones de Director de Desarrollo Informático en la Universidad de Cuenca y, como tal, es el responsable de la dotación y soporte de los servicios informáticos en el

plantel. (digno sucesor de Hernán Vintimilla y Patricio Cordero, aquellos precursores que en 1973 crearon los primeros sistemas de Recursos Humanos y Contabilidad del plantel).

Al hablar de Otto Parra, no se puede dejar de mencionar que, siendo como es un enamorado decidido de la Informática, eligió como esposa a María Fernanda Granda, la más brillante estudiante que ha pasado por la Escuela, única en haber recibido el Premio Benigno Malo que otorga la Universidad de Cuenca a sus más destacados alumnos y que actualmente ejerce la cátedra y la Dirección de nuestra Escuela. Induce a la reflexión observar cómo el destino y la vida de las personas se entrelaza con la vida de las instituciones y, en este caso, con los avances de la Informática en la Universidad de Cuenca: Otto Parra y María Fernanda Granda, una pareja que se conoció en las aulas de la Escuela y que hoy están unidos por lazos familiares y por su trabajo y esfuerzo común en el desarrollo de la tecnología, tanto en su enseñanza como en su aplicación en el plantel.

Hasta ahora, aún con quince años de vida, todavía subsisten en la Escuela algunas dificultades; una de ellas, el no contar con una planta completa de profesores. Varios profesionales de gran nivel técnico han prestado su aporte pero, en muchos casos, la condición de profesores accidentales (y las condiciones concomitantes de inestabilidad y salario reducido), han hecho que su paso sea fugaz. Aunque ya han mejorado mucho las condiciones, pues se han conseguido decisivos logros en la consolidación de la planta docente, aún queda trabajo por hacer. Sin embargo, pese a las condiciones adversas, como resultado del trabajo y talento de profesores y estudiantes de la Escuela, se han conseguido triunfos impor-

tantes en muchas ocasiones. Numerosos certámenes y concursos han tenido como triunfadores a nuestros estudiantes y es reconocida la calidad técnica de los profesionales formados en la Escuela.

Recientemente se ha iniciado ya la docencia a nivel de postgrado en temas de la Informática. Este ya es un síntoma innegable de desarrollo y madurez. También hay precursores en estos nuevos caminos que la Escuela ha empezado a transitar. Pero ya no voy a hablar de ello porque son hechos en los que ya no he participado. (A mi me pidieron que hablara de las cosas viejas y de las experiencias que viví y que llevo en mi alma y mi corazón). De los nuevos esfuerzos, muy valiosos por cierto, deberán hablar, dentro de 30 años, aquellos que hoy están entregando toda su energía y entusiasmo a la consecución de nuevas metas. O, quien sabe, a lo mejor me vuelven a pedir a mi que lo haga, en cuyo caso tendré que agregar a estos recuerdos unas cuantas páginas más.

Como epílogo, terminaré de contar mi historia: en 1992 dejé el profesorado a tiempo completo, que había ejercido por 18 años y reduje mi participación como docente en la Facultad. En 1994, estuve a punto de abandonar para siempre la docencia, pero fue Salvador Monsalve, mi amigo y colega, quien me convenció que no lo hiciera y que le “ayudara a trabajar” (fueron sus palabras textuales) en esta Escuela en la que tanto amor y esfuerzo habíamos depositado. Tuve oportunidad de ejercer la Dirección de la Escuela entre los años 1996 y 2000, período en el cual pude contar, como siempre con la ayuda y el consejo de Salvador Monsalve, así como con el apoyo y la confianza de Fabián Carrasco quien cumplió, en ese mismo período, las funciones de Decano de la Facultad. Precisamente, fue obra de Fabián Carrasco la



construcción del actual local del Centro de Cómputo de la Facultad.

Y eso es todo. Aquí estoy, sintiéndome como un dinosaurio, como el último sobreviviente de una especie en extinción, pues soy uno de los pocos que aún sigue en la Universidad, de aquel grupo de hombres y mujeres que dimos los primeros pasos para desarrollar la Informática en nuestro medio y para crear la Escuela. Y, como es natural, otros han tomado la posta para continuar la labor. La Escuela está cumpliendo 15 años de vida y se enrumba vigorosa hacia el futuro. Al mirar hacia atrás y contemplar estos 34 años de historia, confieso que me invaden sentimientos de nostalgia, pero también de alegría y orgullo, porque este trabajo, en el que el destino me ha permitido participar, ha dado frutos sanos y vigorosos, el mayor de los cuales es la Escuela de Informática, que seguramente seguirá creciendo y fortaleciéndose cada día más. Ojalá que así sea.

Me enorgullezco de haber tenido muchos alumnos brillantes, que hoy ejercen su profesión y aplican sus conocimientos de manera brillante en diversas instituciones. Varios de ellos han estudiado en reconocidas Universidades del mundo, cosechando triunfos académicos y dejando la huella de su trabajo y de su esfuerzo, como en su momento lo hicieron en las aulas de nuestra Escuela. Los triunfos de nuestros alumnos son también, un poco, triunfos de quienes les iniciamos en estas labores. Algo de bueno habremos hecho para que tantos talentosos estudiantes, hoy convertidos en brillantes profesionales, cumplan roles destacados en las más grandes y reconocidas instituciones de nuestra ciudad y país. Y yo sigo en la cátedra aunque, cada vez con más fuerza, me pregunto si no es la hora de dejar el paso a los jóvenes que, hace rato, me superaron en conocimientos y cuentan

además, con el vigor y entusiasmo de su juventud. Por ahí he escuchado la frase “pobre de aquel maestro que no es superado por sus discípulos”; obviamente, ese no es mi caso. Todo lo contrario, me siento orgulloso de haber sembrado algunas semillas y de ver como han germinado tantos y tan hermosos frutos. Pero, ya que mencioné una frase, aquí va otra: “más sabe el Diablo por viejo que por Diablo”. Me aferro a ella para seguir en la cátedra pues creo que todavía puedo enseñar a mis alumnos una o dos cosas que no están en los libros y que son fruto de la experiencia, aquel conocimiento que sólo nos llega con los años.

Y bien; no quiero aburrirles más. He compartido con ustedes mis recuerdos, en los que estoy seguro que existen muchas omisiones e imprecisiones pero, tal vez es mejor dejarlos así, incompletos e imperfectos y, por eso mismo, cargados de humanidad. Quise destacar los hechos más trascendentales y he tenido que batallar mucho con el idioma, con mi memoria y con las naturales limitaciones de tiempo y espacio; así que, finalmente, me he visto obligado, voluntaria o involuntariamente, a dejar de mencionar a muchos hombres y mujeres que forman parte de esta historia. A todos ellos les pido perdón.

Ojalá que estas palabras sirvan de motivación para aquellos jóvenes, hombres y mujeres universitarios, que se impongan retos en sus estudios, en su carrera, en la docencia, en la investigación. Tendrán que enfrentar dificultades para conseguir sus metas pero, al pasar el tiempo, podrán sonreír con la satisfacción de, simplemente, haberlo logrado.

Cuenca, Mayo de 2007.